

# ***El papel del académico en la construcción de la democracia***

## ***Reflexiones a partir del pensamiento de John Dewey***

**Martha Gilda Tostado Gutiérrez\***

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México.

\*Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación en la UAM-Xochimilco.

Correo electrónico: mtostado@correo.xoc.uam.mx

*"[...]La relación que existe entre la democracia y la educación es recíproca, mutua, y esto de una manera vital" (Dewey, 1961, p.37).*

### **Resumen**

La preocupación que John Dewey manifestó a lo largo de su obra por la construcción de la democracia, y el papel protagónico que le asignó a la educación en esta tarea, nos llevó a revisar algunas de las ideas centrales de su pensamiento, con el objetivo de reflexionar sobre las características que en el momento actual tendría que adquirir la docencia universitaria para contribuir de manera eficaz a la construcción de sociedades auténticamente democráticas.

Con este objetivo, en el presente ensayo se exponen algunas ideas sobre el significado que le confirió en su obra al concepto de democracia; se analiza la relación que estableció entre la democracia y la educación, y el papel que le asignó a la labor docente en su construcción. Por último, se describen las características que a partir de sus principios filosófico-pedagógicos, tendrían que adquirir las prácticas docentes universitarias en el momento actual, si desean contribuir a la realización de los ideales democráticos propuestos por J. Dewey.

### **Palabras clave:**

Democracia y Educación

### **Abstract**

The concern that John Dewey manifested through his work for the construction of democracy, and the principal part which he assigned to education in this purpose, led us to review some of the central ideas of his thoughts, to think over the characteristics that in this moment faculties would have to acquire to contribute efficiently with the construction of authentically democratic societies.

With this in mind, the present essay shows some of the significant ideas about the meaning he gave in his work to the concept of democracy; the relation established between democracy and education is analyzed; and the part he assigned to teaching in its construction. Finally, it is described, from his philosophical-pedagogic principles, the orientation that faculties would have to assume in present days if they want to contribute to the accomplishments of the democratic ideals formulated by J. Dewey.

### **Key words:**

Democracy and Education

## Introducción

La democracia real constituye sin duda un ideal, una utopía, que todas las sociedades contemporáneas anhelan alcanzar. Sin embargo, su conquista y defensa implican arduas y complejas tareas que exigen el compromiso de múltiples instituciones y actores sociales.

Conscientes de la magnitud del reto y de su carácter impostergable, este ensayo pretende ofrecer una reflexión sobre la responsabilidad que como académicos nos atañe en esta noble e indispensable tarea, la de contribuir desde todos los espacios sociales a la ampliación y profundización de la democracia.

Para ello, retomaremos los principios filosóficos del pensamiento de John Dewey (1856-1952), considerado, por la vigencia de sus planteamientos, el filósofo social norteamericano más destacado del siglo xx. Nacido en Nueva Inglaterra y continuador de la tradición liberal que caracterizaba a esa región, su pensamiento ha tenido una importante influencia no sólo en el campo de la filosofía, sino en la teoría política, la pedagogía y la estética.

Desde el punto de vista estrictamente filosófico, la importancia de su obra radica en su crítica a la noción tradicional de verdad, incorporada en la teoría que denominó *instrumentalismo* y en su defensa de la lógica como teoría de la investigación.

En el aspecto político, su obra se centró, tanto desde el punto de vista teórico como procedimental, en el problema de la democracia; su pensamiento, influido por las visitas que realizó a la Unión Soviética y a China, lo llevó a convertirse en un opositor abierto a las sociedades totalitarias y a las revoluciones violentas que, aseguraba, no eran el camino adecuado para construir sociedades más justas.

En el campo pedagógico, su interés por la educación lo convirtió en uno de los pedagogos norteamericanos más influyentes. Preocupado por la promoción y defensa de sociedades democráticas, el cuestionamiento en torno al tipo de valores y procesos que son necesarios para formar sujetos capaces de construir y conservar sociedades democráticas, lo llevó a concederle una importancia sustancial al análisis de los vínculos que deben existir entre la educación y la democracia.

## El concepto de democracia en el pensamiento de John Dewey

Como todos sabemos, el término ‘democracia’ es un término ‘equivoco’ que ha sido utilizado a lo largo de la historia occidental con distintas acepciones. En la Grecia clásica se entendía por democracia un sistema político, en el cual solamente podían participar los ciudadanos libres (los esclavos, que eran la mayor parte de la población, no tenían derecho a participar en la Asamblea). No fue sino hasta la

Revolución Francesa cuando el término (que adquirió su significado por oposición al de ‘monarquía’) se hizo sinónimo de sufragio universal y se entendió por democracia el derecho del pueblo a elegir libremente a sus gobernantes.

A partir del siglo xix, con el desarrollo de la teoría marxista, esta noción fue calificada como democracia ‘formal’, pues se le imputaba que solamente garantizaba la igualdad de los ciudadanos de derecho pero no de hecho, ya que en la práctica los sectores proletarios no podían ejercer sus derechos de la misma forma que los sectores burgueses quienes realmente tenían en sus manos el destino de su país. Este cuestionamiento hizo que, hasta antes de la disolución de la Unión Soviética, el término tuviera principalmente dos acepciones:

- a) En las sociedades capitalistas, la democracia fue entendida fundamentalmente como ‘democracia política’, es decir, como un sistema de gobierno fundado en el libre juego político y el sufragio universal, cuya finalidad era garantizar el derecho de los ciudadanos a elegir a sus gobernantes.
- b) Por otro lado, en los países socialistas, el término se empleó en el sentido de ‘democracia social’, es decir, como una forma de organización socioeconómica en la cual el Estado se comprometía a garantizar la igualdad real de los ciudadanos por medio de la abolición de la explotación.

A partir de la desaparición del bloque de países socialistas se generalizó, en las sociedades contemporáneas, una concepción de democracia que alude a un sistema político con pluralidad de partidos, elecciones libres y respeto a las libertades públicas fundamentales, sin que esto garantice la igualdad social de los ciudadanos.

En las últimas décadas, con el resurgimiento de los principios de la economía neoliberal y la globalización de la economía, los organismos financieros internacionales han



Fotografía: José Ventura

establecido como condición necesaria para otorgar préstamos a los países subdesarrollados, el establecimiento de 'sistemas políticos democráticos', lo que supone (desde su concepción), la existencia de estados restringidos, libertad de mercado, sistemas electorales y alternancia en el poder (sin cambios reales en la organización socio-económica).

En el pensamiento de John Dewey, el concepto de democracia, aunque se refiere a un sistema político, no se agota en él: "El significado de la democracia, especialmente de la democracia política [...] está lejos de cubrir toda la extensión de la democracia."<sup>1</sup> Para Dewey, entender la democracia sólo en este sentido equivale a "considerar un hogar como una simple construcción de ladrillos y cemento, o una iglesia como un edificio con bancas, columnas y púlpito". Para él, la democracia ciertamente se refiere a una forma de gobierno que permite la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones.

La idea de democracia, en tanto se opone a cualquier concepción aristocrática, consiste en que cada individuo debe ser consultado en forma activa y no pasiva de modo tal que se haga por sí mismo partícipe del proceso de autoridad, de control social y que sus necesidades y deseos tengan la oportunidad de registrarse de modo que cuenten en la determinación política colectiva.<sup>2</sup>

Sin embargo, la democracia para Dewey: "Es más que una forma de gobierno; es primariamente un modo de vivir asociado, una experiencia de vida comunicada conjuntamente [...] equivale a la supresión de aquellas barreras de clase, raza y territorio nacional que impiden que el hombre perciba la plena significación de su actividad."<sup>3</sup> Esto significa que además de una forma de gobierno, la democracia supone y exige una forma de organización social que garantice la igualdad de los ciudadanos.

Y por último, en el pensamiento de Dewey, la democracia implica que el sistema político y la igualdad social, se acompañen de equidad material: "Una sociedad es democrática en la medida en que facilita la participación en sus bienes de todos sus miembros en condiciones iguales [...]."<sup>4</sup>

Entendida la democracia en este sentido amplio (incluyendo tanto la dimensión política como la social), Dewey consideraba que su construcción era una tarea sumamente compleja para cualquier sociedad: "La democracia es un camino no fácil de tomar y seguir. Al contrario, es muy difícil en lo que respecta a su realización en las condiciones complejas del mundo contemporáneo."<sup>5</sup>

<sup>1</sup> J. Dewey, *El hombre y sus problemas*, 1961, p. 37.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>3</sup> J. Dewey, *Democracia y Educación*, 1971, p. 98.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 110.

<sup>5</sup> J. Dewey, *El hombre y...*, p. 35.

## Democracia y educación

Dewey consideraba que la construcción y el mantenimiento de sociedades democráticas, tarea que calificó como "el más grande y noble experimento de la humanidad"<sup>6</sup>, no podía depender exclusivamente de las instituciones políticas,

[...]La democracia no puede depender ahora de las instituciones políticas, ni expresarse por medio de ellas solas. No podemos ni siquiera estar ciertos de que dichas instituciones y sus acompañamientos legales sean realmente democráticos en esta época[...]<sup>7</sup>

En la construcción de la democracia, Dewey le asignó a las instituciones educativas un papel protagónico. Para él, la educación era un principio *sine qua non*, resultaba imposible construir la democracia: "La democracia no puede subsistir y mucho menos desarrollarse sin la educación, en el sentido más restringido que comúnmente le damos, la educación que se imparte en el medio familiar y especialmente en la escuela."<sup>8</sup>

Para Dewey, la escuela debía preparar a las futuras generaciones para las obligaciones y responsabilidades de la democracia, debía ser "[...]cada vez más activa en la preparación de individuos libres para una participación inteligente en una sociedad libre".<sup>9</sup>

Sólo si la futura generación aprendiera en la escuela a comprender las fuerzas sociales operantes, las direcciones en que se mueven y el modo en que se entrecruzan, las consecuencias que producen y las que producirían si se las entendiera y manejara con inteligencia, sólo si las escuelas facilitaran esta comprensión, tendríamos alguna seguridad de que atienden al llamado que les formula la democracia.<sup>10</sup>

Sólo si proveen una comprensión de las necesidades colectivas y de los recursos que cabe utilizar para satisfacerlas, las escuelas podrán responder al llamado de la democracia.<sup>11</sup>

Derivada de este cometido, la labor que Dewey le asignaba a los maestros consistía fundamentalmente en promover una comprensión inteligente de las fuerzas y movimientos sociales de su tiempo,

Lo primero que se requiere es que ellos tengan conocimiento del mundo en que vivimos, valoren las fuerzas que

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>7</sup> J. Dewey, *Libertad y cultura*, p. 125.

<sup>8</sup> J. Dewey, *El hombre y...*, p. 39.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 48.

en él actúan y vean la lucha de las fuerzas que se disputan el dominio, se hagan una idea de cuáles entre ellas provienen de un pasado que el mundo con sus fuerzas potenciales ha superado y cuáles constituyen promesas de un porvenir mejor y más feliz.<sup>12</sup>

Vale la pena abrir aquí un pequeño paréntesis para recordar que en el momento en que Dewey realizó su obra (segunda mitad del siglo XIX y primera del XX), los principales problemas sociales de ese periodo histórico fueron, *grosso modo*, los siguientes:

1. Aumento de la inestabilidad social; la humanidad, lejos de alcanzar la esperada convivencia pacífica entre las naciones, incrementaba sus conflictos y tensiones (Primera y Segunda Guerras Mundiales).
2. Surgimiento de estados totalitarios que contradecían las esperanzas cifradas en la desaparición de poderes absolutos (Stalin, Hitler, Mussolini).
3. Desarrollo, en los países capitalistas, de un sistema económico liberal que propiciaba el crecimiento de un poderío industrial y financiero centrado en pocas manos y acompañado en forma inversa, del crecimiento de grandes sectores de la población dependientes económicamente de estos pequeños grupos.
4. Aumento en los problemas de discriminación e intolerancias raciales, étnicas y religiosas (holocausto judío).
5. Acelerado desarrollo científico y tecnológico (dinamita, ferrocarril eléctrico, radar, bombilla eléctrica, automóvil, telar automático, pasteurización, tractores con diesel, etc.), creciente especialización de las ciencias y una separación cada vez mayor de principios de orden ético y moral, lo que trajo como consecuencia que gran parte de estos descubrimientos fueran puestos al servicio de minorías poderosas que los empleaban con

finés particulares de enriquecimiento y control.

6. Explotación irracional de los recursos naturales por parte de los intereses económicos que, según afirmaba el propio Dewey, “hipotecaban el futuro en aras de un presente transitorio.”<sup>13</sup>
7. Surgimiento de los medios de comunicación masiva y su alianza con los intereses minoritarios de los grandes capitales.

Dewey afirmaba que estos problemas provocaban el enfrentamiento de fuerzas antagónicas frente a las cuales el magisterio tenía necesariamente que comprometerse:

[...] La profesión docente se encuentra en la necesidad de elegir entre dos orientaciones sociales. De estas dos, una contempla el pasado y otra el futuro. La que contempla el pasado por la necesidad misma de su situación, contempla también los intereses de una pequeña clase que tiene una posición altamente privilegiada, mantenida a expensas de la masa; la que contempla el futuro está alineada junto a las fuerzas científicas, técnicas e industriales del presente, y lo que es más, se interesa por la libertad, seguridad y desarrollo cultural de las masas. Asimismo creo que es verdad cuanto se dice en torno a la lucha entre estos dos intereses y grupos opuestos. De un modo o de otro, los docentes sea como cuerpo o individualmente eligen y deben elegir entre estas dos orientaciones sociales opuestas y todo lo que ellas prácticamente implican.<sup>14</sup>

Dewey advertía además sobre el engaño que representaba el creer que la educación podía comprometerse con la solución de problemas sociales sin necesidad de tomar partido, es decir, manteniéndose en una posición neutra.

Si no me equivoco, sería de desear que entre los docentes, los padres y las demás personas responsables de la educación, se promoviese justamente esta comprensión inteligente de las fuerzas y de los movimientos sociales de nuestro tiempo y de la función que deben cumplir las instituciones educativas. Y esta comprensión no se puede obtener si los docentes no tienen en vista un fin social.<sup>15</sup>

No puedo coincidir con quienes piensan que el otorgar a la inteligencia el puesto central en la educación signifique tomar frente al conflicto una actitud neutral, abstracta y puramente intelectual.<sup>16</sup>

Dewey sostenía que el temor a tomar partido era un modo cobarde de elegir:

La conclusión es que los tiempos están desencajados y los docentes no podrían sustraerse aunque lo quisieran a un cierto deber de colaborar en encarrillarlos. Pueden considerar a la par de Hamlet, que esto es una maldición o una suerte, pero no evitar la responsabilidad que les atañe. Seguir la corriente no sería sino un modo cobarde de elegir. No trato de decir aquí a los maestros a cuál de las tendencias antagónicas de nuestro tiempo deben adherirse —aunque tengo mis propias convicciones sobre el asunto—. Sólo trataré de mostrar que el conflicto existe y que, de hecho ellos refuerzan una de las tendencias o la otra.<sup>17</sup>

Es importante aclarar aquí que esta orientación que Dewey consideraba indispensable en la labor docente, la distinguía claramente del proselitismo y la propaganda política.

Existe una postura intermedia entre una educación carente de finali-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p.75.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 74-75.

dad y la educación que inculca una doctrina. La alternativa consiste en una especie de educación que vincula entre sí los contenidos y los métodos por medio de los cuales se adquiere el conocimiento con un sentido de cómo las cosas se hacen y podrían hacerse no impregnando al individuo con alguna filosofía definitiva, venga ésta de Marx, Musolini, Hitler o cualquier otro, sino poniéndolo en condiciones de comprender de tal manera las condiciones existentes que de la comprensión social surja una actitud de acción inteligente.<sup>18</sup>

Reflexionando sobre estas ideas y tratando de ser fiel al espíritu pragmático<sup>19</sup> de Dewey podemos preguntarnos; ¿qué significaría para nosotros los académicos trabajar en este momento histórico por la consolidación de la democracia en nuestro país?, ¿qué significaría asumir el compromiso de trabajar desde el campo de la educación superior para avanzar en la construcción de un país auténticamente democrático?

## Docencia y democracia en el momento actual

Siguiendo el pensamiento de Dewey y tratando de aplicar sus reflexiones al momento histórico actual, lo que tendríamos que hacer los académicos sería:

En primer lugar, *lograr una clara comprensión de los problemas sociales más apremiantes de nuestra época*, por lo que deberíamos preguntarnos ¿cuáles son, en el momento actual, los principales obstáculos que nos impiden avanzar en el proceso de construcción de un sistema social profundamente democrático?

Estamos comenzando un nuevo siglo, y a pesar de encontrarnos en un contexto muy distinto al que a Dewey le tocó vivir, podemos afirmar que los problemas que a él le preocupaban, los que constituían un obstáculo para la construcción de una sociedad democrática (en el sentido amplio que él le adjudicaba al término), siguen siendo vigentes en nuestros días, y lo que es aún más preocupante, es que sin lugar a dudas, lejos de mostrar algún viso de solución, se han agudizado.

En el terreno económico, los principios de la doctrina liberal han resurgido, su objetivo fundamental ha sido tratar de resolver la crisis generada en el modelo capitalista durante la década de los ochenta, asegurando condiciones favorables para la expansión de sus capitales. Los principios económicos neoliberales sostienen que una de las causas de esta crisis económica fue el excesivo crecimiento de un Estado paternalista sobrerresponsabilizado de gastos asistenciales,

subsidios y servicios; por lo cual, han postulado como requisito fundamental para restablecer el crecimiento económico, la reducción del 'Estado benefactor', asegurando que su construcción obligará a los individuos a esperar cada vez menos del gobierno y más de su esfuerzo y trabajo individual.

Para fomentar la iniciativa individual, la doctrina neoliberal ha considerado como factor *sine qua non*, que el principio económico de *laissez faire* rija la actividad económica y que sean la iniciativa privada y la competitividad las fuerzas que regulen el mercado (que ahora, a diferencia del momento que vivió Dewey, es un mercado 'global' internacionalizado).

El resurgimiento de estos principios liberales del mercado autorregulado por las leyes de la libre empresa (prácticamente sin intervención estatal), ha pospuesto en nombre de la 'libertad de mercado' y 'el aumento de la productividad', los ideales de la justicia social, sin reconocer, que esta sobrevalorada 'libertad de mercado' es un privilegio del que sólo se puede disfrutar en razón directa al capital del que se disponga para ingresar en el campo de la libre competencia. Y dado que esta 'disponibilidad de ingresos' es altamente limitada para la mayor parte de los ciudadanos, el resultado ha sido la concentración cada vez mayor del poder económico en pequeñas élites (ahora con dominio transnacional), y el aumento preocupante de los sectores desposeídos o en vías de serlo. De esta manera, se sacrifican cada vez más las esperanzas de poder llegar a construir sociedades democráticas y se justifican en aras de 'la eficiencia' y 'la competitividad', omitiendo (consciente o inconscientemente) el análisis relativo al establecimiento de las condiciones que garanticen la igualdad de competitividad individual, empresarial y nacional (recordemos simplemente que en nuestro continente son más de 180 millones de personas las que viven en condiciones de pobreza).

En otros aspectos, en las últimas décadas, hemos presenciado el aumento acelerado de conocimientos científicos y el desarrollo vertiginoso de nuevas tecnologías, pero al igual que en la época de Dewey, la mayor parte de estos avances científicos y tecnológicos continúan, en primer lugar, al servicio de los intereses utilitarios de pequeños grupos y no al servicio de las necesidades prioritarias de las grandes mayorías marginadas.

Las riquezas del mundo y los conocimientos se han multiplicado por mil. Pero ellos son propiedad de una proporción relativamente ínfima de la población, cuanto más de un 25 por ciento, pero ese 25 por ciento es el virtual dueño del mundo, es el detentor del capital, de la tecnología de los transportes y sobre todo de los medios de comunicación. Ese es el poder último que está causando la destrucción de la Tierra.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>19</sup> *Pragmatismo*; teoría según la cual la inteligencia tiene como misión no el conocer por el conocer, sino que el conocimiento debe estar orientado a la acción. Para el pragmatismo una idea sólo es verdadera cuando es útil.

<sup>20</sup> C. Altamirano, *Después de todo*, 2000, pp. 107-108.

Los conocimientos derivados de las grandes investigaciones biotecnológicas han permitido, por un lado, la intervención del hombre en la creación de especies humanas, y por otro, nos abren una gran incógnita respecto al tipo de repercusiones que en el plano ético y humano puedan llegar a producir.

Por otra parte, el desarrollo de este capitalismo salvaje y su globalización han transformado al planeta en una gigantesca fábrica que consume diariamente miles y miles de toneladas de materias primas, acaba con los recursos naturales y que produce a su vez enormes cantidades de gases tóxicos que están destruyendo la biosfera y acabando con miles de especies vivientes tanto animales como vegetales. Esta contradicción básica, generada entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la degradación acelerada de la naturaleza <sup>21</sup> está poniendo en juego la supervivencia de la vida en el planeta.

En el aspecto cultural, la satelización y la digitalización de las telecomunicaciones están produciendo una occidentalización de las culturas y el surgimiento de una nueva identidad planetaria, han provocado, en contrapartida, el resurgimiento de identidades étnicas y religiosas de carácter local y el incremento no sólo de las intolerancias entre ellas, sino en algunos casos, sus exclusiones mutuas.

En el aspecto político, el panorama también es desalentador. La globalización de la economía capitalista ha convertido a las empresas privadas transnacionales y a los capitales financieros en los nuevos poderes que dirigen, por encima de los poderes políticos nacionales, a la economía mundial. Los ciudadanos comunes pierden cada vez más la esperanza de que los distintos partidos políticos (sean de tendencias ideológicas ‘derechistas’ o ‘izquierdistas’), puedan ofrecer soluciones reales a los enormes problemas sociales que los aquejan. Esta desconfianza de la ciudadanía en la existencia de soluciones conjuntas a los problemas sociales ha aumentado el individualismo y reforzado la creencia de que las soluciones a las distintas problemáticas deben buscarse exclusivamente por la vía individual.

Así, la pérdida de confianza en la capacidad organizativa del Estado, la pérdida de interés hacia los asuntos públicos (que cada vez se confunden más con los espectáculos), el repliegue hacia la vida privada y el individualismo a ultranza, son rasgos característicos de los ciudadanos de las últimas décadas del siglo pasado y del principio de este nuevo siglo.

A lo anterior debemos añadir los problemas específicos de los países subdesarrollados; pobreza extrema, desnutrición, desempleo, dependencia económica, deuda externa, etc., los cuales no auguran, sino síntomas de agravamiento en los próximos años.

La naturaleza y complejidad de todos estos problemas, nos lleva a afirmar que el momento histórico y los retos que el mundo actual nos presenta serán, en las próximas décadas,

mucho más graves y complejos que los que enfrentaba el mundo durante la primera mitad del siglo XX.

En segundo término, y retomando el pensamiento de John Dewey y sus reflexiones en torno al papel de los docentes en el proceso de construcción de la democracia, la segunda condición que señaló como necesaria para que las escuelas (y por ende las universidades) pudieran comprometerse con la tarea de construir sociedades democráticas fue *la necesidad de que los docentes conocieran y se familiarizaran con las necesidades de la mayor parte de la población*.

Dewey afirmó que uno de los impedimentos por los cuales los docentes (de su época en Estados Unidos) no habían logrado cumplir con esta tarea que les correspondía como constructores de una sociedad democrática, era el hecho de que “no han (habían) estado en estrecho contacto con las necesidades de la mayor parte de la población”.<sup>22</sup>

En tercer lugar, además de este acercamiento a la problemática cotidiana de los sectores mayoritarios de la población, Dewey pedía a los docentes que *su función no se limitara a la transmisión de conocimientos (información) sobre dichas problemáticas, sino que actuaran sobre ellas*, y estableció una contundente distinción entre lo que significa ‘conocer’ y ‘comprender’, aclarando que el conocimiento o la información sobre una realidad social es necesario pero no suficiente para engendrar una acción inteligente sobre ella.

La información es conocimiento acerca de las cosas, y no existe ninguna garantía de que cualquier suma de conocimiento de cosas sea seguida de la comprensión, fuente de acción inteligente [...]. La comprensión por su naturaleza misma se relaciona con la acción; así como la información por su naturaleza misma se halla aislada de la acción o vinculada con ella por accidente sólo aquí o allá.<sup>23</sup>

De esta manera Dewey estableció la necesidad de que existiera una relación constante entre lo que podríamos denominar teoría y práctica o transformación social, “[...] es función del educador el cuidar que la educación impartida por las escuelas sea tal que los que egresan de ellas puedan sacar partido de los conocimientos utilizables para el mejoramiento social.”<sup>24</sup>

Por último, consideró como requisito indispensable para que el docente pudiera cumplir con su función social, que existiera *libertad de educación*. Dewey pedía que los maestros y la escuela, en general, dispusieran de la libertad necesaria para realizar su labor.

Dado que la libertad de pensamiento y de expresión constituyen la base de toda libertad, el negar la libertad de educación es un delito contra la democracia. Y puesto

<sup>21</sup> Recuérdese la negativa de EU para aceptar los acuerdos de Kioto.

<sup>22</sup> J. Dewey, *El hombre y...*, p. 70.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 53.

que la libertad académica es tan esencialmente un problema social, y se vincula en forma tan íntima con lo que los futuros ciudadanos del país harán para plasmar nuestro destino político y económico, no nos sorprende el hecho de que, sea aquellos que sólo le dan un apoyo verbal, sea los que tienden deliberadamente a restringirla, quienes tiendan también a presentarla al público como un hecho que se refiere sólo a los docentes como individuos y a representar a quienes defienden esta causa de modo activo como individuos más o menos desequilibrados, deseosos de una mayor libertad para afirmar sus opiniones personales.<sup>25</sup>

La libertad de cátedra adquirió tal relevancia en el pensamiento de Dewey que incluso afirmó, “ningún aspecto de la lucha que la sociedad lleva a cabo por realizar el contenido social de la libertad resulta más importante que la lucha por la libertad académica”,<sup>26</sup> y reconoció que en su época había fuertes impedimentos para que esta condición de libertad fuera un hecho.

[...] Dentro del sistema escolar mismo existen una cantidad de restricciones impuestas a la libertad moral e intelectual. La escuela se halla embarazada a menudo muy pesadamente por la traba de tradiciones nacidas bajo condiciones ajenas a las de hoy. Estas tradiciones se refieren a las materias, los métodos de enseñanza, las disciplinas, la organización y la dirección de las escuelas [...] pero a estas ya de por sí pesadas se une otra limitación particularmente peligrosa en la época actual; la tentativa de cerrar el espíritu, la boca y los oídos de estudiantes y maestros a todo aquello que no esté conforme a la práctica y las creencias de la clase

privilegiada, representante del *status quo* económico y político.<sup>27</sup>

Frente a este último obstáculo, Dewey afirmaba,

Hoy que las cosas son tan complejas y el poder económico hallase tan concentrado, la democracia como forma posible de sociedad se ha vuelto problemática. Dado que la libertad de pensamiento y expresión constituyen la base de toda libertad, el negar la libertad de educación es un delito contra la democracia.<sup>28</sup>



Fotografía: José Ventura

¿Qué podemos decir al respecto en el momento actual?, ¿ha sabido la escuela (o en nuestro caso, las instituciones de educación superior) valorar y defender su autonomía, o las presiones del capital industrial y financiero amenazan con influir cada vez más en el rumbo de sus acciones?

Lamentablemente considero que la respuesta es de orden negativo. Así como los problemas (en relación con los que enfrentaba la humanidad en la época de Dewey) se han agudizado, también la libertad de enseñanza, requisito indispensable para que el académi-

co se comprometa con la construcción de la democracia, está siendo cada vez más amenazada.

Edward Said afirmaba, desde finales de la década de los ochenta, que el periodo actual se caracteriza por un “contraataque de las élites comerciales altamente movilizadas”,<sup>29</sup> las que con la única finalidad de defender sus capitales, han producido una serie de cambios radicales no sólo en el terreno económico y político, sino también en el educativo.

Las élites financieras, ya sin el obstáculo de un Estado fuerte, han pasado a constituirse en instancias generadoras de políticas educativas internacionales. Su objetivo principal es vincular cada vez más al sistema educativo con las necesidades del aparato productivo, orientando la educación (en sus distintos niveles) hacia la dotación de una fuerte competitividad en los sujetos para incorporarlos eficientemente a los distintos niveles de desempeño requeridos por el sector industrial.

Esta orientación hacia el ‘eficientismo’ que el sector productivo le exige al aparato escolar, no es una orientación negativa en sí misma, el propio Dewey consideraba como uno de los fines de la educación ‘la competencia industrial’, pero aclaraba, “hay sin embargo un peligro en que al insistir sobre este fin, se acepten como definitivas las condiciones y normas económicas existentes”.<sup>30</sup>

Además de este problema, la creciente injerencia del capital económico dentro del aparato educativo amenaza cada vez más la libertad de educación en varios aspectos.

Por una parte, agudiza los problemas de la especialización, tan altamente justificada en aras de la ‘eficiencia’. La especialización, entendida como fragmentación del conocimiento, ha traído como consecuencia la incapacidad de comprender los problemas desde perspectivas totalizantes que incluyen aspectos

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>27</sup> *Ídem.*

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>29</sup> Edward Said, “Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad”, 1988, p. 230.

<sup>30</sup> J. Dewey, *Democracia y...*, p. 132.

sociales, éticos, políticos, etc. Erwing Chargaff afirmaba al respecto:

[...]Tengo la impresión de que el advenimiento y la institucionalización del especialista, del experto, del profesional ha eliminado y hecho imposible aquello que solía considerarse como erudición y que a causa de ello, la humanidad se ha empobrecido [...] la suerte del mundo está en manos de especialistas y tecnócratas, y no de gente capaz por su visión cultural e histórica de formular una estrategia cultural y un gran cuadro político para el desarrollo concreto.<sup>31</sup>

Esta presión de las élites comerciales (de los grandes capitales transnacionales) sobre la educación elimina cualquier perspectiva utópica y la sustituye por un utilitarismo inmediato. De esta manera, el neoliberalismo económico está formando individuos altamente incapacitados para comprender el mundo en que viven y analizar las consecuencias de sus acciones, alejando cada vez más a la educación de la función social que Dewey le confería.

A menos que nuestras escuelas tomen a la ciencia en su relación con la comprensión de fuerzas que están actualmente plasmando la sociedad, y más aún, enseñen cómo los recursos de la inteligencia organizada que es la ciencia, pueden utilizarse en la acción social, las perspectivas de la democracia, son inseguras.<sup>32</sup>

Baste mencionar como ejemplo, el caso específico de la enseñanza de las ciencias sociales, a las que estas políticas impuestas por el sector empresarial presionan para modificar su estatus teórico. En lugar de ser ellas las encargadas de la búsqueda de soluciones a los grandes problemas sociales, se espera que pongan sus conocimientos al servicio del mantenimiento y la legitimación de las prácticas sociales e ideológicas propias de la sociedad del mercado. Se espera que cada vez más se erradiquen de la enseñanza de las disciplinas sociales los juicios de valor; que en aras de la 'imparcialidad científica' se reduzca al máximo el pensamiento crítico y que quede fuera de la incumbencia del docente propiciar en sus alumnos el desarrollo de cualquier análisis crítico, debiendo limitar su labor a la transmisión exclusiva de aquel tipo de conocimientos considerados como 'objetivos' desde estas políticas educativas.<sup>33</sup>

<sup>31</sup> Erwing Chargaff, "Conocimiento sin sabiduría", 1980, p. 6.

<sup>32</sup> J. Dewey, *El hombre y...*, p. 52.

<sup>33</sup> A esta instrumentalización de la actividad académica, a esta presión para convertir a los docentes en ejecutores de órdenes y no en actores de su propia práctica, es a lo que Henry Giraud ha denominado 'proletarización del docente', ya que al igual que cualquier trabajador proletario, el docente es alejado de cualquier reflexión teórica sobre su propio trabajo. El docente es proletariado al verse obligado a distanciarse de la posibilidad de analizar e intervenir sobre su propio quehacer.

En términos generales podemos decir que las crecientes presiones del capital económico transnacional tienden a considerar al académico como una especie de técnico especializado en la transmisión de cierto tipo de conocimientos y el desarrollo de cierto tipo de destrezas útiles para maximizar las ganancias del sector productivo y financiero.

## Conclusión

Para que una sociedad sea verdaderamente democrática debe garantizar no sólo el derecho y el respeto al voto de todos y cada uno de sus ciudadanos, debe también asegurar la igualdad de oportunidades en el campo social, debe garantizar a todos sus ciudadanos igualdad de condiciones para desarrollarse y convertirse en personas autónomas tanto en su pensamiento como en su acción. Por esta razón, el momento en el que podamos afirmar que nuestro país es un país verdaderamente democrático aún se encuentra muy lejano en el horizonte.

Los problemas sociales que preocupaban a John Dewey en la última mitad del siglo XIX y la primera del XX, lejos de haber encontrado visos de solución, se han agudizado, y de la misma manera las dificultades para que los académicos puedan cumplir con la tarea de promover desde las universidades la construcción de la democracia en el sentido amplio que John Dewey le adjudicaba al término, constituyen aún un reto y una tarea pendientes.

Necesitamos hoy más que nunca reflexionar sobre el significado profundo del término *democracia*, orientar nuestro quehacer académico hacia el compromiso efectivo por la construcción de una sociedad verdadera y profundamente democrática y, asimismo, defender las condiciones necesarias para que la realización de ésta, que debe ser como afirmaba John Dewey, una tarea prioritaria dentro de nuestra labor, "la más importante en la educación progresista",<sup>34</sup> encuentre las condiciones necesarias para su realización.

Debemos, como académicos, asumir y comprender la dimensión del actual cambio de época, la humanidad nunca había enfrentado peligros y amenazas globales de la envergadura de los actuales. Debemos conocer la génesis e identificar a las fuerzas sociales que los generan. Debemos tomar una posición y orientar a las futuras generaciones para que puedan asumir una 'acción inteligente' frente a ellos. Asimismo debemos (siguiendo el pensamiento de John Dewey) luchar para que la libertad de enseñanza en las instituciones de educación superior sea un principio y una realidad inviolable.

Debemos recordar, parafraseando a Dewey, que sólo si las futuras generaciones aprenden en la Universidad a comprender las fuerzas sociales operantes, las direcciones en que se mueven, el modo en que se entrecruzan, las consecuencias que producen y las que producirían si se las entendiera y manejara con inteligencia, sólo si las universidades facilitarán

<sup>34</sup> J. Dewey, *El hombre y...*, p. 54.

esta comprensión, tendríamos alguna seguridad de que atienden al llamado que les formula la democracia. Hoy, con mayor vigencia que en el pasado, cobra sentido su reflexión cuando afirmaba: “El problema educacional de la actualidad es más profundo, más agudo, es infinitamente más difícil porque debe encarar todos los problemas del mundo moderno.”<sup>35</sup>

## **Bibliografía**

Altamirano, Carlos y Hernán Dinamarca, *Después de todo. Conversaciones sobre los cambios de época*, Ediciones B, Grupo Zeta, Chile, 2000.

Dewey, John, *Libertad y Cultura*, Uthea, México, 1965.

———, *Democracia y Educación*, Biblioteca Pedagógica, Lozada, Argentina, 1971.

———, *El hombre y sus problemas*, 2ª ed., Paidós, Buenos Aires, 1961.

Chargaff, Erwing, “Conocimiento sin sabiduría” en *Contextos*, no.11, México, 1980.

Said, Edward, “Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad” en *La postmodernidad*, prólogo de Hal Foster, Kairós, Colofón, México, 1988.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 43.